

Obra en tres actos de Fernando Josseau. Dirección: Fernando Josseau. Intérpretes: Armando Calvo y Luis Alarcón. Escenografía: Manuel Crespell. Teatro España.

La pieza de Josseau ha hecho un largo camino de éxitos: Francia, España, Estados Unidos, Puerto Rico, Venezuela, Colombia, Argentina, etc., y por supuesto, la propia patria del autor. La razón de ese destino de persistencia se halla en su teatralidad. No estamos ante una obra maestra, pero sí ante

OBRA EN TRES ACTOS:

un producto escénico de gran eficacia dramática. Lo señalé en los días de su ya lejano estreno (julio del 56).

En su nueva versión (Teatro España) se conserva la estructura esencial, aun cuando se han modificado, actualizado, otras y en general —como dice el productor Pedro César Martínez— se ha "endurecido" el clima moral.

El asunto es sencillo y se cuenta en tres líneas. Un sujeto ha sido asesinado. Por la escena desfilan sucesivamente tres sospechosos: Peraza, el panadero; el Marqués y Porse, el financiero. Un inspector (Luis Alarcón) los interroga. Y los diálogos entre el agente de policía y los tres individuos (encarnados los tres por Armando Calvo) constituyen la trama de la comedia. Que no es —como se ha dicho— policial sino a medias entre detectivesca y psicológica.

Debe señalarse una contradicción en esa página de Josseau. Siendo, por su propia naturaleza, discursiva y de una estructura lineal simple y carente (al parecer) de malicia dramática, es tremendamente

teatral. La historia se impone, penetra en el interés del espectador y lo tiene tenso. Carece de acción exterior, de peripecia. Su dinamismo es hondo hacia lo interior. Es un movimiento del ánimo, una acción psicológica que no procede tanto del tema de la investigación (asesinato del prestamista) como de las derivaciones introducidas por los sospechosos en lo que declaran.

Sabemos de las relaciones tenidas por cada uno de ellos con la víctima. Se despliega el abanico de tres personalidades complejas (toda vida la es). Se entrecruzan intenciones secretas, anhelos callados, cosas que la conciencia guarda en lo más íntimo y que el dramaturgo hace salir a la superficie con un diálogo fluido, fácil, sin complacencias literarias y considerablemente adecuado a su función.

Josseau ha buscado diestramente el juego de matices en este ejercicio psicológico. El panadero, un ente vulgar, zafio; el marqués, un exquisito, snob e invertido; el financiero, un pobre ser, acaso sin conciencia, víctima de la ambición. Son tres situaciones específicamente distintas que tienen por lo menos

el valor sintomático de sus reacciones personales y de clase ante un mismo acontecimiento.

El juego es por momentos brillante.

Buena parte corresponde a la interpretación de Armando Calvo en el trío de personajes principales. Ya sé que decir "El Prestamista" es pensar, por reflejo condicionado, en Raúl Montenegro. El actor encargado de estrenar la obra lo hizo bien y más tarde le valió el Premio del Teatro de las Naciones. A mi juicio Calvo realiza por momento una interpretación brillantísima.

Cada tipo está diferenciado no sólo en los ademanes y actitudes (obsérvese el rictus en Porse o el modo de mirar en Peraza), sino en la voz.

Pero esto, que acaso sea fácil recurso en actores medianamente dotados, se magnifica en Calvo por el dibujo minucioso, que es con todo imperceptible, quedando en la escena el aire de una intuición en matices sutísimos.

El personaje del panadero resulta en el total un poco desvaído. Tal vez —según decía alguien a milado— por aparecer con una localización indecisa.

Sus chilanismos lo fijan en un lugar determinado, pero no convence. No digo que esté mal. Inclusive se podría decir que está muy bien, pero algo en esta versión 1975 de Peraza impide que entremos en situación. Recuerdo que este primer interrogado encontró en el estreno de la pieza, en Montenegro, su mejor momento. La razón es obvia.

En cambio, los otros dos actos, con el marqués y el hombre de empresa, resultan en Calvo de un estupendo atractivo. Sin duda, la parte correspondiente al marqués postula al mayor interés y éxito de público. En verdad merece la pena asistir al Teatro España para ver ese alarde de histrionismo.

Se podría decir que el linajado sujeto se vuelca al espectador en sus rasgos, exclusivamente externos. En la apariencia resulta así. Pero es que la interioridad de tales individuos se manifiesta en cosas que de suyo son sólo aparentes, externas, corticales. Lo íntimo parece "realizarse" —como ahora dicen los entrevistadores de TV— en lo superficial. Los gorgoros y los carraspeos, la voz apretada y los ahogos de

garganta resultan soberanamente humorísticos. Sin excederse en la función demasiado gesticuladora que denuncia al manflorita (la parodia vulgar es fácil) en el recuerdo queda ese modo fabuloso de arreglarse el cabello.

La encarnación de Porse es más dramática y penetra más en la hondura humana. El marqués es un ser pura exterioridad. Porse, un cinico caído de pronto en las redes de sus propias artimañas, ha advertido, a la postre, que la vida es también dolor.

Estampa dramática que el actor delinea hasta extraer de un personaje sin grandeza su más recóndita humanidad. Las escenas finales, enfocadas como al "ralenti", como con cámara lenta, fueron la firma de esa estampa escénica.

El comisario que interroga está a cargo de Luis Alarcón. Es un ingrato papel. Todos los focos, toda la atención, se centran en el otro. Y el comisario, por necesidad de este montaje, ha de actuar a oscuras. Sólo al final aparece en alguna escena a la cruda luz. El actor no logró el viernes 11 encontrar el ajuste con la voz del otro personaje. Además, su ritmo fue atropellado y a veces no se le entendía.

Critilo.